

Luis Vázquez León, *El Leviatán arqueológico. Antropología de una tradición científica en México*, Research School CNWS, Leiden, 1996, 379 pp.

En la arqueología mexicana ha hecho falta, desde su inicio, una tradición crítica que permita el debate público de los supuestos y fundamentos de la actividad. Así, uno no puede más que apreciar la aparición de uno de los libros que más polémica pueden crear en torno a la interpretación de la forma en que se hace un oficio pretendidamente científico, pretendidamente antropológico y pretendidamente revelador de la historia: la arqueología mexicana. Muchos son los aspectos que podrían tratarse para hacer una reflexión del *Leviatán arqueológico*, sea desde el punto de vista filosófico, de las reacciones favorables y desfavorables que han emergido en el gremio, sea de las repercusiones que podría tener en el devenir de la arqueología y de la institución. Hay que recordar la vieja paradoja del investigador social, la del sistema que incluye sujetos, que al ser observado se convierte en reflexivo y que —diría Ibáñez— supone que «el sujeto es un espejo en el corazón del sistema, que lo refleja con sus visiones, que lo refracta con sus manejos». Más aún, en la medida en que se crea un enunciado se crean las condiciones de modificación del sistema, en cualquier dirección posible, para bien o para mal, para minimizar las consecuencias o para amplificarlas. Es por eso que mi reflexión gira en torno a esos aspectos, y empiezo por el final.

En «Los dilemas de la arqueología mexicana», último capítulo de su libro, Luis Vázquez cerró un círculo hermenéutico de interpretación-comprensión. Nos movió desde un prejuicio suyo, pasó por nuestros prejuicios, los puso en evidencia junto con las falsas certezas que tenemos sobre nosotros mismos, nos calificó, disectó y, finalmente, llegó a un punto más allá, una dirección hacia dónde movernos. Cito textualmente: «Vista así la tradición científica de la escuela mexicana de arqueología quizás caigamos en cuenta de que el bien más elevado a que puede aspirar la disciplina sea el de la propia arqueología como medida ética».

Y es que para ello desplazó la resolución de una buena cantidad de problemas inherentes a la añeja, anacrónica e inmovilizante tradición de la arqueología mexicana hacia un lugar insospechado que recuerda mucho la

estrategia de los pequeños pasos que, en palabras de Watzlawick, «no consiste en preguntarse qué debemos hacer para mejorar las cosas, sino en formularse la pregunta extremadamente nihilista de qué deberíamos hacer para que la situación se torne completamente imposible».

Más allá de las viejas ideas que recuerdan la antigua fórmula de que a grandes problemas grandes y complejas soluciones, con proporciones equivalentes en magnitud, las perspectivas actuales de la evolución demuestran que los grandes cambios emergen de condiciones muy sencillas de partida, donde lo pequeño es tal vez más importante que lo grande para alcanzar una «entropía negativa», ajena a la inercia del movimiento, aunque con ello se pierdan las visiones mesiánicas y de grandes liderazgos que encandilan a las masas.

En su movimiento hermenéutico, no vicioso, que trata de develar un aspecto de la verdad antropológica de la arqueología mexicana, Luis Vázquez sugiere que en vez de imaginar a la sociedad como un enemigo común se viera a la disciplina como un beneficio común. Ello bien podría incluir valores como el progreso de la interpretación teórica o la mejora material de los arqueólogos. Un compromiso posible sería el de hacer una contribución minúscula al bien común a pesar de otra mayor para beneficio propio, o buscar que las ganancias conjuntas superen a las individuales.

Con lo anteriormente dicho intento destacar un hecho importante: la responsabilidad y corresponsabilidad (¿complicidad?) que tenemos los arqueólogos para que el estado de cosas del que tanto nos quejamos permanezca igual, sin cambios, imbuídos en la inercia de la autoestima, del aplauso, de la «pasión por coleccionar coros, trepando sobre cualquiera», en la confusión del poder administrativo con el saber que reitera la competencia sobre la cooperación.

La perspectiva de Luis Vázquez nos introduce tanto en la ética de la responsabilidad como en el constructivismo radical que buscan hacer al hombre responsable en el más profundo sentido ético, constructor de su propia realidad, que no cuenta con la cómoda excusa de la «coacción ejercida por el estado de cosas» ni de la culpabilidad de terceras personas. Es, en palabras de Heinz von Foerster, el actuar «siempre de forma que se creen nuevas posibilidades»: la responsabilidad local para alcanzar el cambio global.

Por extrañas circunstancias siempre existe la intuición básica de la falsedad de los supuestos egoístas que subyacen nuestra acción cotidiana, reproductora del estado de cosas, que sólo es reconocida de forma extraña en el límite, en la asociación entre responsabilidad, muerte y cambio. César Rodríguez Chicharro, poeta de la generación Nепantla, me comentó hace

años: «Mire Fernando, no cabe duda de que usted puede ser un buen arqueólogo e irá a congresos internacionales y será aplaudido y tendrá reconocimientos... ¿y después, qué?». Unos días antes de morir escribió: «Si logro salir curado, enfocaré las cosas desde otra perspectiva, y acaso renuncie a mi cargo y me dedique a escribir. Siempre creí no haberlo hecho antes porque amo la docencia, es cierto, pero un amor tan absorbente como ése termina por enajenarte, hasta que finalmente te desamoras de ti mismo».

Hace unos días, Sergio de la Peña, otra persona entrañable, escribió las siguientes palabras en su última columna en *Excélsior* que tituló «Diagnóstico: cáncer. Replanteo de vida»:

*Cierto o no el pronóstico, y hay dudas de eminencias médicas, el caso es que me separó de quienes viven como si fuesen inmortales, o sea, casi todos, y me sumó a quienes se han visto obligados a reconocer a su propia mortalidad, sea o no inminente su muerte. Un punto de ruptura, aunque no necesariamente final, que replantea la vida, los afectos, las pasiones, los proyectos, sin tiempo definido.*

Muchos años antes, Arthur Koestler escribió en su autobiografía *La escritura invisible* que cuando había sido detenido por las tropas de Franco, acusado de espionaje y condenado a muerte, después de recordar con éxito cómo se derivaba la ecuación de la elipse y la parábola, pensó: «Sí, yo me encontraba en la cárcel y probablemente sería fusilado. Pero inmediatamente después se apoderó de mi interior un sentimiento que podría traducirse en las palabras siguientes: Y si así fuera, ¿no tienes preocupaciones más serias?»

¿A qué viene toda esta digresión? Pareciera ser que el descubrimiento del actuar responsable se da sólo en unos cuantos cuando se está en situaciones límite y se tiene una confrontación más bien irracional, y que la racionalidad nos impide o limita la reflexividad necesaria para alcanzar ese sutil cambio de actitud. Es en el prejuicio de nuestra actividad vista como científica, objetiva, en el que prevalece el temor a movernos hacia nuevas reflexiones, el que sobrestima la validez del dato, duro, explicativo, en el que se impone el «arqueólogo enemigo», la visión patrimonialista, en la que el científico es ajeno a su propia subjetividad, donde las metas del ser están valoradas en las medidas del éxito que, a su vez, se mide en prestigio, reconocimiento público, en los recursos que se manejan, en la capacidad de imponerse y pasar por encima de los otros, en el número de citas y publicaciones internacionales, en el puesto que se tiene, en el nivel escalafonario...

es ahí donde se encuentra el Leviatán. Nosotros somos el Leviatán y su jaula. Nos recreamos y construimos la jaula a cada momento. Pero el Leviatán no sólo es arqueológico, es vital.

Tal vez los que no han confrontado la situación límite y actúen con fundamento en la razón, a pesar de lo extraña que puede ser la razón hermenéutica para el arqueólogo mexicano, tengan que verse en ese espejo que ha puesto Luis Vázquez ante nosotros. Y, con todo, tal vez la reacción sea de ajenidad, pues a fin de cuentas «el infierno son los otros», como dijo Sartre, y la imagen que se tenga con la lectura del *Leviatán arqueológico* genere una mera inculpación irresponsable hacia el «otro», tan ajeno o tan cercano como el ser herederos del fundamento patrimonialista que ha discurrido desde las reformas borbónicas, transitado por el porfiriato y la Revolución, y que se plasma en esa estructura cardenista llamada Instituto Nacional de Antropología e Historia, del cual uno no es más que un empleado; en la disyuntiva de la arqueología oficial y la académica universitaria, como si fueran sustancialmente distintas; en la culpa del funcionario y su irremediable «ser así», como debe de ser, para inculpar en el otro las deficiencias de una producción medida en los parámetros del eficientismo, de la meta cuantitativa, del metro cuadrado restaurado, del total de tuestos clasificados, del número de sitios registrados, o del costo de las páginas publicadas, del número de alumnos formados, del número de tesis dirigidas...

Y entonces, la respuesta es «la evitación», cuando el esfuerzo «neguentrópico» se muestra siempre acotado, coartado, para culminar introyectándose en actitudes, en acciones que se reflejan en las palabras de aquel poema-Chicharro:

*Pasar  
de vocación a empleo  
de sentarse a sentarse  
estrepitosamente.  
Crucificado oficio;  
lavoro callicida;  
callo en las nalgas  
entre los dedos,  
callos.  
Callar, callar  
habitualmente...*

Y así, silencio, conspiración del silencio, diría Lennon: callar para no cambiar, no cambiar para callar, a pesar de que un efecto de «la evitación» es, justamente, atraer en determinadas circunstancias lo que se pretende evitar.

Para otros, las respuestas a sus inquietudes pueden encontrarse en el dato cuantitativo, en la estadística y las gráficas que Luis plasma en su discurso para entender la «arqueología mexicana en siglas, cifras y nombres», que lleven de nuevo a asignar las culpas a la estructura injusta, jerárquica que se hace mimética de sindicato a autoridades, corrupción, salario, condiciones de trabajo, el jefe en turno. Quizá profunda injusticia que reparte de manera desigual los prestigios, los valores, los recursos, los reconocimientos. En el fondo es hacer de la arqueología una guerra, metáfora de trincheras, campamentos, enemigos, ocupaciones, frentes, estrategias, intervenciones. Una guerra sin cuartel para el ascenso, donde no se reflexiona en cooperar para sobrevivir ni en competir para cooperar. A fin de cuentas, es la incapacidad de trasladarse «al otro» y su ajenidad, como queda plasmada, por ejemplo, en la cooperación ante situaciones críticas; pienso en *Sin novedad en el frente* o en el viejo argumento «obedezco pero no cumpla», que son la contraparte a las soluciones «clarifinantes»: muerto el paciente, se acabó la enfermedad.

Pero, por otro lado, quizá lo que ocurra es que la comunidad académica no haya sido capaz de detectar sus circunstancias límite, en comparación con ese estado de confrontación con la muerte que pudiera ser subjetivo e individual: el paradigma vive, se reproduce, crece indefinidamente, tomando de aquí y de allá recursos verbales para seguir siendo como es; juega el juego de sumas a cero, porque ahí, como tercera vía, mientras los competidores pierden él gana porque los antagonicos comparten el mismo paradigma y mueren con sus diferencias menores, llenas de verborrea procesual, nueva arqueología, arqueología social, en el fondo particularismo histórico, encebado de patrimonialismo, progresismo y cientificismo.

Pero al fin, tal vez unos cuantos se vean reflejados en ese espejo y creen su pequeño cambio local, para regresar al *Leviatán* y buscar el cambio minimalista, recursivo y reiterativo, y quizá empiecen a gestar nuevas condiciones del quehacer de la arqueología mexicana en proyecciones y búsquedas insospechadas, sabiendo lo que debe evitarse, lo que es imposible, localmente, en cada proyecto de investigación que es, a fin de cuentas, como lo define el autor, el «proceso sociocognitivo individual y grupal de estrategias y transacciones que buscan obtener un fin óptimo, sea político, académico, personal o alguna combinación variable de ellos».

Es a ese lugar adonde la hermenéutica crítica, a veces sospechosamente lakatosiana de Luis Vázquez, nos debe llevar. Es justamente ahí donde se ha avanzado en la develación de nuestro ser, nos guste o nos disguste, nos confronte o no; ése debe ser el motivo de la reflexión introyectada en la disciplina, paradójicamente construido por un antropólogo, que nos permita alcanzar las metas insospechadas por la perspectiva dominante en la actualidad. Es el espejo del Leviatán el que debe permitir la imposibilidad de su ser. Lo queramos o no, el reto es nuestro, el de los arqueólogos herederos de la escuela mexicana de arqueología.

Yo no sé si después de eso queda otro círculo hermenéutico por abrir. Tal vez el que tenga que ver con la (des)construcción de la historia de nuestra profesión en México, la que, quiérase o no, debe connotar la desmitificación de los orígenes de los fundamentos, de los fundadores. Es, a fin de cuentas la meta de todo el saber, moverse más allá de lo que ya sabemos. Escudriñar en la historia lejana o cercana, para resolver el fundamento filosófico del actuar en el mundo del presente: moverse de la interpretación a la comprensión para ser actores y, a fin de cuentas, acabar con nuestra propia cárcel y nuestro propio monstruo. Ése es el reconocimiento que hemos de tener a quienes, desde «fuera» nos confrontan con un espejo. Ése es el valor del hiper-crítico texto del *Leviatán arqueológico*, ése es su fundamento hermenéutico.

Fernando López Aguilar  
ENAH-INAH